

cuestion de nuestros intereses eternos!... Si tuviéramos un carbon encendido en nuestra mano ¿diríamos por ventura; quiero esperar, lo sacudiré mas tarde, si mi mano se quema, peor para mí?... No; sería menester ser insensato para discurrir de este modo. El bien ageno, ciertas injusticias cometidas agravan tal vez la conciencia de algunos cristianos; éstos lo saben, lo entienden, y sin embargo, no se esfuerzan ni ponen el menor cuidado en reparar esas iniquidades que los exponen á arder eternamente en los infiernos!... Ay! hermanos carísimos, cuán cierto es que en estos tiempos de insaciable codicia, en que el goce es la aspiracion suprema de la mayor parte de los hombres, el afan de adquirir sin reparar en los medios, el ansia de engañar al prójimo y el empeño en retener lo ageno es un vicio comun, característico de nuestra época descreída y por lo mismo difícilísimo de extirpar!

Acaso sucedía los mismo en tiempos pasados, porque hé ahí un hecho que cuenta S. Ambrosio: Un avaro que se había enriquecido por medios injustos, — ¿había él robado, ó había solamente estado? el santo doctor nada especifica sobre este particular; pero, en fin, ese hombre tenía que reparar ciertas injusticias y su conciencia le intimaba que era necesario restituir... Herido por un sermón elocuente, ese hombre, de quien estamos hablando, se había por fin decidido á restituir los bienes mal adquiridos. El dinero estaba ya sobre la mesa y se puso á contarlos. Pero al manejarlo y contemplarlo, sintió la avaricia y codicia renacer en su alma; y renunciando á su buena resolucion, se dijo á sí mismo: El discurso que he oido era muy hermoso; pero mi oro lo es mucho mas; *pulcher sermo sed pulchrius aurum*. Oh! hermanos míos, si nosotros hemos cometido alguna injusticia, no aguardemos el momento de nuestra muerte para repararla; entonces no seíamos capaces de hacerlo, no tendríamos valor para ejecutarlo... Pobre hombre, enriquecido con fraudes á iniquidades, no, en el momento de tu muerte no pensarás en repararlas. Si haces un testamento en el lecho, de donde te sacarán bien pronto para encerrarte en un ataúd, dirás de esta manera: Dejo á mi hijo ó á mi hija todos mis bienes... Olvidarás entonces las injusticias cometidas, las restitu-

ciones que debías hacer, y el mas precioso de todos tus bienes, tu pobre alma, ¿á quién la dejarás? Ah! no me atrevo á decirlo... pero en verdad que no la dejarás á Dios que nos intima el precepto de la restitution!

PERORACION. — Costoso me ha sido, hermanos carísimos, tratar este asunto, á la vez difícil y delicado... Por una parte debía decir la verdad y por otra temía que se pudiese ver en mis palabras algunas alusiones personales. Pero, no, nunca jamás será mi intento herir desde esta cátedra sagrada á persona alguna; pero tampoco debo callar la verdad, es preciso decirla toda, y la verdad es esta... Sea á causa de la disminucion de la fé, sea á consecuencia de nuestras revoluciones sociales, tan frecuentes en nuestros días entre nosotros, es evidente que la nocion exacta de la probidad se ha desfigurado en gran manera; y repito que muchos de los que se creen gente honrada, tendrán que dar cuenta severa á Dios justo, protector y amparador de la equidad, el cual pesará, sin respeto á nadie, en la balanza de su eterna justicia lo que se llama justicia humana... ¡Qué hermosa, qué dulce, qué provechosa sería esta virtud de la probidad, si supiéramos dignamente apreciarla! La buena fé reinaria en todas nuestras relaciones; el bien ageno sería respetado, y nadie trataría de engañar á su prójimo. Esa funesta avaricia que impide á los ricos el socorrer á los pobres segun sus facultades, esa triste codicia que impele los indigentes á lanzar miradas de envidia sobre la fortuna agena, quedarían desterradas de la sociedad... La paz, el gozo, la union de los corazones reinarian sobre la tierra y serían una muestra anticipada de las recompensas que nos aguardan allá arriba en el paraíso, si hemos amado y practicado la justicia. Estas recompensas os las deseo con todo ardor... Así sea.

INSTRUCCION CUADRAGÉSIMA QUINTA.

OCTAVA MANDAMIENTO.

PRIMERA INSTRUCCION.

POBRE LA MENTIRA: EL MENTIR ES SIEMPRE UNA FALTA. A EJEMPLO DE LOS SANTOS DEBEMOS EVITAR TODA CLASE DE MENTIRA.

TEXTO. — *Non loqueris contra proximum tuum falsum testimonium... Non mentiemini.* No levantarás falso testimonio contra tu prójimo, ni mentirás.

(EXOD. XX, 16, LEVIT. XIX, 11.)

EXORDIO. — Hermanos carísimos, antes de empezar la explicacion del octavo mandamiento de la Ley de Dios, quisiera contaros un rasgo histórico, que sin duda es conocido de muchos de vosotros... Hélo aquí. Cuentan que Esopo, el autor de las célebres fábulas, embellecidas por La Fontaine, siendo esclavo, recibió de su dueño el encargo de comprar lo mejor que encontrara. Habiéndose ido Esopo al mercado, solo compró lenguas. Al día siguiente le encargó su mismo dueño de procurar todo lo peor, y el malicioso esclavo no compró tampoco mas que lenguas, queriendo enseñar con eso á su amo que, siendo la lengua el órgano de la palabra, cuando se hace buen uso de ella, es lo mas precioso que hay en el mundo; pero que, cuando se la emplea para el mal, no hay instrumento mas dañino y peligroso ¹...

Sea lo que fuere de esta pequeña anécdota, no deja ella de encerrar una muy seria enseñanza... Si, la lengua ó ese don de la palabra, de que Dios nos ha dotado, es de lo mejor que hay, pero tambien puede convertirse en lo peor. Con este órgano que llamamos lengua, las almas devotas alaban á Dios, le bendicen y entonan

1. Véase la vida de Esopo por La Fontaine, despues de Planudio.

á gloria suya los mas armoniosos cánticos... Tambien nos servimos de la lengua para manifestar á nuestro criador nuestros sentimientos de fé, de adoracion y amor. Pero decidme: ¿ no hay tambien muchos que profanan ese don de la palabra con que Dios les ha beneficiado, y emplean su lengua en maldecirle y blasfemarle?... Los discursos impíos, las canciones obscenas y tantas blasfemias brutales ¿ no son el resultado funesto de este don del lenguaje? Un apóstol, creo S. Jaime ¹, dice: « que si bien es la lengua una parte muy pequeña de nuestro cuerpo, es empero capaz de causar la muerte á nuestra alma. » Por medio de ella, añade el mismo, bendecimos á Dios omnipotente; pero tambien con ella lanzamos la detraction y la calumnia contra el prójimo, criado á su imágen... No es, pues, extraño, hermanos carísimos que Dios haya impuesto un mandamiento especial que nos obliga á emplear nuestra lengua, ó mejor el don de la palabra en servicio de la verdad y caridad... « Yo os prohibo el mentir, dice El; os prohibo hacer daño á vuestro prójimo con falsos testimonios y calumnias. »

PROPOSICION Y DIVISION. — Este mandamiento, pues, es el que me propongo explicaros en esta instruccion y en otras sucesivas. Digamos *en primer lugar*: que toda mentira es una falta; *segundo*: que á ejemplo de los santos hemos de poner todos nuestros esfuerzos en ser veraces en nuestras palabras, sin mentir jamás.

Primera parte. — Comencemos por preguntar, ¿ qué es mentir? Mentir, dice el catecismo, es decir lo contrario de lo que uno piensa. La definicion no es completa, pues hay que añadir: con ánimo de engañar á los que nos escuchan... En efecto, á veces chacoteando y bromeando, se dicen cosas contrarias al pensamiento, pero sin haber la intencion de engañar.

Un ejemplo os hará comprender la justicia de esta reflexion... Supongamos que queriendo yo explicaros con cierta viveza la imprudencia, la necedad y los desatinos de los impíos, os dijera de esta manera: « ¿ Qué sabios y entendidos son esos hombres que creen que el mundo se ha hecho por sí solo y que el hombre brotó

1. Capit. III, versi del 2 al 10.

un día de la madre tierra á la manera que brotan los hongos!... Qué bien conocen la dignidad de nuestra naturaleza esos sabios que afirman, que nosotros no tenemos un alma inmortal, que somos semejantes á los animales y que cuando muramos, todo habrá muerto en nosotros!... Nosotros, gente vulgar y preocupada, somos ante sus ojos unos espíritus estrechos, por la sencilla razon de que creemos en un Dios omnipotente que ha creado y gobierna el universo, en Jesucristo muerto sobre la Cruz, por la redencion de nuestras almas y en nuestro Padre celestial que nos tiene preparada allá arriba en el paraíso una mansion de dicha inefable, de felicidad eterna!... Ah! sin duda esos impíos son mas ilustrados que nosotros, y nosotros somos á su lado unos pobres ignorantes!...

Al explicarme así, afirmo lo contrario de lo que pienso, y sin embargo, todos me habeis comprendido bien; yo he querido simplemente mostrar de los incrédulos y poner en ridiculo su estupidez y pretendida sabiduría... Por consiguiente, mentir es decir lo contrario de lo que se piensa con la intencion formal de engañar á los que nos escuchan y hacerles creer una cosa que no es verdadera... ¿ Lo teneis ya bien entendido ?

Prosigamos, pues. He dicho que la mentira es siempre una falta y pudiera añadir: una falta mas grave de lo que ordinariamente se cree. Está muy puesto en razon el juzgar de la gravedad de una falta por la pena con que Dios la castiga. Pues bien, El ha castigado mas de una vez de una manera ejemplar y terrible mentiras, que á vuestro parecer serían tal vez reputadas por leves é inocentes... Escuchad, al efecto, una historia que encontramos en las Actas de los Apóstoles... Ananías y sáfira su mujer habian abrazado la Fé cristiana en aquellos primeros días de la Iglesia naciente, en que los cristianos encendidos en la Fé y completamente despegados de las cosas de la tierra, conferian sus bienes en comun para sostenimiento de todos. Sin que S. Pedro les obligara en manera alguna, ellos prometieron al santo Apóstol poner en sus manos enteramente el precio de un campo que habian vendido, á fin de que dicha suma se empleara en el socorro de los necesitados. Mas,

¡ cuán difícil es á nuestro pobre corazon humano el desligarse del todo del afecto á las cosas terrenas y permanecer fiel á las buenas resoluciones ! Los dos esposos convinieron mutuamente en reservarse una parte del precio que habian recibido ; y el Espíritu santo reveló interiormente á S. Pedro esa ocultacion. Ananias se presenta á S. Pedro y le dice : — Ahí está la suma producida por la venta de nuestro campo, os la llevo segun mi promesa. — ¿ Es esta la suma toda entera, observó S. Pedro ? — Sí, contesta Ananias, es toda la suma... Desgraciado ! continuó el Apóstol ofendido, ¿ quién te ha obligado á mentir ? El campo vendido era tuyo ; el mismo precio podía quedar por entero entre tu manos ; nadie te obligaba á deshacerte de la menor parte ; no has mentido á los hombres sino á Dios mismo á quien has ultrajado, no diciendo la verdad : no se hará esperar el castigo. Al instante cae Ananias herido de muerte repentina á los piés del Apóstol... Tardó poco en llegar su mujer sáfira, la cual sostuvo la misma mentira que habia concertado con su marido. Desventurada ! le dice el Apóstol, ¿ es decir que los dos habeis convenido en ocultar la verdad ? Tu marido ha recibido ya el condigno castigo, oigo cerca de la puerta el ruido de los pasos de los que vienen de dar sepultura á tu esposo, para cumplir contigo las mismas funciones. — Y de repente Sáfira cae como herida del rayo en medio de la asamblea de los cristianos ¹... Ya podeis notar, hermanos míos, cuan terrible castigo fué impuesto á una mentira al parecer leve é inocente, y que, como solemos decir, no hacia injuria á nadie... Mas como Dios es justo y siempre proporciona el castigo con la gravedad de la falta, es fuerza concluir que la simple mentira es una falta mas seria de lo que se cree generalmente... Dios es la verdad misma, y todo cuanto, sea en nuestras palabras, sea en nuestras acciones no está conforme á la verdad, se opone á las infinitas perfecciones de Dios, y en esta oposicion radica toda la malicia de la mentira. Los mismos paganos honrados miraban con horror este vicio ; y entre nosotros, á pesar de la oscuridad que se ha lanzado sobre las conciencias,

1. Actuum Apost. v, 1 á 10.

los mentirosos no son considerados dignos de estima ; todo el mundo los trata con desprecio, ni cuando dicen verdad, se les da crédito. Esta sola opinion comun debería bastarnos para convencernos y persuadirnos de que la mentira es un vicio repugnante y obligarnos á poner todos nuestros esfuerzos en evitarla.

Segunda parte. — Ahora procuraré demostraros cuan á pechos tenían los santos huir de esta falta y cuanta era su delicadeza en este punto.

En tiempo de S. Agustín algunos herejes pretendían que se podía mentir en determinadas circunstancias sin ofensa de Dios. El ilustre doctor compuso contra ellos un libro, en el cual demuestra con elocuencia que nunca es lícito mentir, ni aun cuando se trata de salvar la propia vida, ni siquiera para salvar el alma del prójimo. El mismo cita á este propósito un hecho admirable. « Había en Tagaste, dice, un obispo llamado Firmo, que si era firme en el nombre, lo era mucho mas en la voluntad. Un día vinieron á reclamarle, en virtud de una orden del emperador, á un hombre condenado á muerte á consecuencia de desordenes políticos, el cual se había refugiado en su casa y á quien tenía el Obispo escondido con el mayor cuidado. ¿ Sabeis en qué lugar se halla el sujeto á quien perseguimos, le preguntaron los guardias ? Sí, respondió el obispo. — ¿ Quereis entregárnoslo ? — No. — Sabed, pues, que tenemos orden de prenderos y llevaros á presencia del emperador ; tened cuidado, vuestra vida está en peligro. — Era menester decirnos que vos ignorabais el lugar, en que se hallaba oculto ese hombre. Y el santo obispo respondía con la mayor impasibilidad : Yo puedo morir, pero me es imposible mentir, porque la ley de Dios me lo prohíbe. » En vano le amenazan, en vano le maltratan llenándole de golpes, no es posible quebrantar su firmeza. Luego le conducen al emperador, el cual, á pesar de ser pagano, reconoce y admira su firmeza y la delicadeza de su conciencia, concediéndole al propio tiempo la gracia del condenado. « Hé ahí, añade S. Agustín un modelo que todos los cristianos deberían imitar. Que no me hablen, continúa el santo, de mentiras inocentes é inofensivas,

pues no es así ; todas son faltas mas ó menos graves, prohibidas por la Ley de Dios¹.

Podría aqui citaros el ejemplo de muchos mártires... Una palabra, una sola palabra habría bastado para librarlos ; sus cadenas habrían caído y les hubiera sido fácil escapar al furor de los verdugos y evitar las uñas de las fieras... Se les preguntaba : ¿ sois cristianos ? Con un simple *no* habrían recobrado al momento su libertad, guardando empero dentro de su corazón la Fé en nuestro Señor Jesucristo... Pero ¿ ellos mentir ?... jamás !... Si, corazones enérgicos y veraces, para vosotros, o santos mártires, la muerte pareció siempre preferible á la mentira, aunque esa mentira no hubiese implicado una completa apostasia.

Un día los satélites fueron á buscar á S. Antimo, Obispo de Nicomedia. El les acoge con bondad, los recibe en su casa y los trata con la mas generosa hospitalidad. Vencidos de este acogimiento, los soldados dijeron al santo conmovidos : — Tenemos orden de prenderos ; pero escapaos y dirémos al emperador que no hemos podido encontraros. — No, hijos míos, les dice el santo ; á un cristiano no le es lícito el mentir, ni aconsejar la mentira. Y entregándose voluntariamente á sus manos, se presentó al emperador que le hizo sufrir los mas crueles tormentos².

Y para que veais mejor cuanta era la delicadeza de los santos en este punto y el horror que sentían, ya no digo contra la mentira, sino contra todo lo que no se conforma con la mas exacta verdad, voy á citaros lo que hizo una vez S. Camilo de Lelis. El monasterio se hallaba en gran penuria, y manda á uno de sus religiosos que vaya á encontrar al prefecto de la ciudad, el cual era por otra parte uno de los amigos del santo, y que le pida socorro. El religioso vuelve llevando una suma mas considerable de lo que esperaba el superior. ¿ Cómo es, dice S. Camilo al religioso, que el Gobernador haya mostrado tanta generosidad ? — Yo le he expuesto,

1. Véase á S. Agustín en el libro *sobre la mentira* y tambien el libro á consencio *contra la mentira*. (Edition Vivés, t. XXII *ad initium*.)

2. Véase las actas de este Santo en los Bolandistas y su vida *apud Surium*.

contestó el hermano limosnero, nuestra desnudez y la extrema penuria á que estábamos reducidos; y ese hombre, de corazón tan bueno, compadecido de nuestra miseria, me ha dado la suma que veis. — Sin duda nos hallamos en penuria, prosiguió S. Camilo, pero esta penuria no es todavía *extrema*. Volved, pues, ese dinero al prefecto, exponiéndole sencillamente y con toda verdad, pero sin exageracion, el estado á que nos vemos reducidos; porque habeis de saber, hermano, que es preciso estemos al abrigo de toda sospecha de codicia y que se vea que no somos capaces de admitir ni la menor sombra de mentira¹. — Ved por consiguiente, hermanos míos, cuanta delicadeza y cuanto respeto por la verdad, y hasta que punto eran los santos fieles en observar esté precepto divino: « No mentirás. »

Cuanto fuera de desear, dice S. Bernardo, que el horror y la aversion á la mentira fuesen generales entre los hombres; entonces reinaria la verdad y la buena fé; una confianza mútua haria mas seguras las amistades y agradable la sociedad. La sinceridad estableceria entre ellos el reyno de la union y concordia... Prefiero, decia S. Isidoro Pelusiota, estar pegado á la verdad y ser vencido defendiendola que triunfar apoyándome en la menor mentira. Dios es la verdad pura, feliz aquel que es veraz en sus palabras y acciones. Dios es la verdad; y bien nos consta ser Satanás el padre de la mentira; tal es el calificativo que le da nuestro divino Salvador en el Evangelio.

PERORACION. — En las instrucciones siguientes hablaremos, hermanos carísimos, de las mentiras mas culpables y peligrosas; de la maledicencia, de la calumnia y del falso testimonio. Hoy solo queria demostraros que la mentira es siempre un pecado; que nunca es lícito mentir; y que aun cuando ciertas mentiras no sean perjudiciales al prójimo, y con este pretexto solemos excusarlas, son empero reprehensibles, por ser opuestas á Dios que es la verdad misma, á Dios, que nos manda ser veraces en nuestras palabras...

1. Véase Lohner, *Verbo Mendacium*.

He leído en alguna parte¹ una historia, con la que voy á terminar. Haga Dios que los niños que me escuchan, la aprendan y retengan bien y con fruto de su alma.

Un niño de nueve años fué negligente en cumplir un mandato de su padre. Penetrado de sentimiento por esta desobediencia, se puso á llorar. Un criado lo advierte y le pregunta la causa de sus lágrimas. Ah! he desobedecido á mi padre, contestó el temeroso niño, y ¿qué dirá él? Entonces el criado le aconseja que se excuse mintiendo. — Vuestro padre es pronto, le dice, y os dará una paliza. Mas os vale que no le digais la verdad... — Cómo; exclamó el niño; ese es el consejo que me dais?... Prefiero que me peguen á decir mentira; mi padre me tratará como quiera, y por mi parte prefiero sufrir la muerte antes que mentir... Y ¿cómo tendria yo valor para invocar la Virgen Santísima, si ultrajase la verdad? — Este niño tenía razon...

Sí, hermanos carísimos, como su divino Hijo, detesta tambien la Virgen Santísima toda clase de mentira. Seamos, pues, veraces en todos nuestros discursos, sinceros en todas nuestras palabras, á fin de merecer así contemplar cara á cara á Dios que es en sí mismo la verdad eterna é inmutable... Asi sea...

1. José Cord. *Familia Sanctorum*.